

El Mundo de Olga Fisch

Claudio Malo González

“Pues si yo tengo algo en que puedo confiar, son mis ojos, que me guían a lo mejor. Entre un montón de cosas sin valor, raras veces me equivoco al seleccionar algo que vale la pena”, escribe Olga en esta obra que comentamos, a propósito de alguna compra realizada en Marruecos y duramente regateada que de mil francos bajó vertiginosamente a cincuenta. El primer vistazo a su casa corrobora lo afirmado; en medio de un encantador desorden se hacen presentes, en todas sus habitaciones, en los pasillos, en los sitios más insólitos, obras de las más variadas clases en las que el ser humano, no importa donde y cuando, ha puesto un pedazo de su espíritu en la forma más digna de explicitarse: la belleza.

A medida que se conoce a Olga, que se penetra, y con diafanidad, a su rico mundo interior, llegamos a la conclusión de que su afirmación no se limita a su connatural capacidad para escoger objetos bellos y valiosos, discriminándolos sin esfuerzo de los burdos y triviales; su capacidad selectiva se extiende a los acontecimientos vitales, a la toma de decisiones, a la ejecución de obras.

Cuando nos preguntamos la razón por la cual una íntima minoría de seres humanos dejan huellas que el tiempo se niega a borrar, mientras la inmensa mayoría desaparece de la memoria de los demás antes de que sus cuerpos se hayan confundido nuevamente con la tierra, podemos aventurar varias hipótesis de diferente grado de complejidad. Se habla de facultades mentales excepcionales, de voluntas indoblegable, de suerte, de circunstancias especiales, de destino. Olga, sin pretender hacer filosofía, nos da una nueva clave para enfrentar a este interrogante: capacidad selectiva, ver lo que los ojos del hombre común no ven; elaborar en la mente los datos del mundo de manera diferente a la que elabora rutinariamente el hombre-masa; expresar mediante colores, líneas, palabras, volúmenes, sonidos, ideas y sentimientos siguiendo pautas distintas a las usadas cómoda y ortodoxamente por las personas con sentido común. Organizar la vida cuestionando lo cotidiano, tomar decisiones sobreponiéndose a los dictados del orden establecido, cualquiera que este

sea. Los cultores del respeto a la costumbre, con buenas personas, mas ser una buena persona no es suficiente para dejar alguna huella en la vida.

“Varias veces en mi vida, por casualidad tal vez, por curiosidad o por deseo tan sólo, he sido la primera mujer haciendo cosas fuera de lo común” comenta Olga meditando al fin de la jornada. Hacer cosas fuera de lo común, al margen o en contra de la cómoda corriente de la vida, requiere de cualidades especiales que unidad a circunstancias ajenas al control de la voluntad y a metas claras en el futuro conforman al individuo excepcional. “...no es tando anonadado nuestro libre albedrío, juzgo que puede ser verdad que la fortuna sea el árbitro de la mitad de nuestras acciones; pero también es cierto que ellas nos dejan gobernar la otra, o a lo menos siempre algunas partes”, escribió Nicolás Maquiavelo; es posible que si no concurrieran circunstancias especiales, cualidades sobresalientes de muchas personas, no se pondrían de manifiesto, pero no es menos verdad que la mera circunstancia propicia sea suficiente para hacer del mediocre un ser fuera de serie.

Lúcida más allá de sus ochenta años, con un lenguaje que delata al minuto una vida corrida en muchos mundos, iniciar una conversación con Olga Fisch es penetrar en un mundo extraño, pero bello y amablemente extraño; en el proceso selectivo de su percepción quedaron las piedras preciosas, y su cerebro que procesa las experiencias nacidas de sus sentimientos, no ha fallado, no ha defraudado la confianza que ella les brindó; su mundo es hermoso, suavemente hermoso carente de ostentaciones y rimbombancias, su mundo es sencillo porque así lo ha hecho ella pues las complicaciones y durezas de su vida podrían haber dado lugar, si ella así lo hubiera querido, a una agobiante y truculenta telenovela. “Llego a fin de estas evocaciones, de algunas etapas de mi existencia, afirmando que la vida me ha tratado y me trata bien. Estoy muy agradecida con mi suerte, que todavía me da salud, trabajo y éxito”. Estas frases definen el encanto del mundo de Olga. Testigo de dos guerras, víctima de persecuciones, obligada a abandonar su país natal, muy diferente habría podido ser el talante de esta mujer y las frases finales de sus evocaciones, pero Olga no lo ha querido así y su mundo es de otra

índole. En los largos diálogos sostenidos, su agudo sentido de humor no deja de hacerse presente, en su mundo de valores, él ocupa un lugar más importante que la amargura o la imprecación.

Las memorias, las autobiografías son invaluable testimonio vitales, podrán carecer de la rigidez científica de las obras de los historiadores, estarán posiblemente cargadas de subjetividad, pero contienen la lozanía del protagonista, la frescura de quien se enfrentó a los hechos, el calor de la impresión del acontecimiento en el alma de quien lo vivió. Las memorias son obras excepcionalmente atractivas pues unen a la información directa de los hechos el impacto emocional de sus protagonistas, los matices de las vivencias que ni de lejos se agotan en la racionalidad. Las memorias nos introducen al rico mundo –a veces menos complicados de lo que creemos- de personas excepcionales, ya que el “buen hombre” o el mediocre no escriben memorias. A través de las memorias revivimos hechos históricos y situaciones de un pasado relativamente cercano, nos familiarizamos con sus grandezas y miserias, seguimos la evolución de ideas y creencias, comprendemos lo incomprendible.

Muchas eran las razones para que Olga Fisco escribiera sus memorias, su resistencia a hacerlo fue dura, su sentido del límite trabajaba con exceso, se escudaba en problemas de expresión nacidas de su multilingüismo, y ni había estas en sus planes hacerlo; finalmente cayeron sus resistencias y en lo que la autora llama sencillamente evocaciones de algunas etapas de su vida, nos encontramos con una amplia variedad de experiencias vitales, reflexiones profundas sobre hechos y situaciones, pensamientos sólidos, acerca del arte popular especialmente, agudas anécdotas y chispeantes comentarios. El esfuerzo de Olga valió la pena, su mundo cautivante ya no será accesible tan sólo a quienes hemos compartido su conversación, y las nuevas generaciones penetrarán en su vida a través del milagro de la letra.

Olga nació casi en el siglo, un siglo terrorífico o grandioso según el ángulo desde el cual lo juzguemos, y fue testigo de su convulsión y frenético de venir, pero no se trata de un testigo común y corriente, sino de un testigo inteligente,

inquieto y altamente sensible, un testigo para quien los acontecimientos tienen un profundo y trascendental significado. “Nací en el primer mes del nuevo siglo, en Enero de 1901. Creo que este siglo significa los mayores logros de la humanidad en el aspecto de tecnología y ciencia y en los más increíbles inventos de todos los tiempos” nos dice en la primeras líneas de su obra, y luego continúa “...la mayor parte de los inventos creados para la felicidad del hombre, sólo sirven para su exterminio...el ser humano no logró gracias a su cerebro increíblemente sofisticado, ser sabio, grande en tecnología, genialidad e ilimitados resultados pero en cuestiones de moralidad, Ética estamos donde estaban Caín y Abel”. Continúa luego esta pesimista reflexión con la infaltable nota de humor que se encuentra presente en su vida. “Mi abuela con su filosofía no muy sofisticada decía: Dios creó el mundo en siete días y en el octavo descansó ¿Por qué no se dio más tiempo para crear un mundo mejor y descansar más tarde?”.

En su valoración de los años vividos, habría razones suficientes para que lo negativo pesara más, y para que sus evocaciones se convirtieran en un muro de lamentaciones, pero Olga es mujer equilibrada y por lo tanto podía su juicio acerca de su mundo agotarse en la cara oscura por lo que se hace también presente la cara brillante. “Hay tanta belleza, bondad, hermandad, deseo de ayudar, hay la increíble variedad de belleza en la naturaleza, una hoja, una mariposa, un bebé tierno o una montaña majestuosa, sí, hay tantas manifestaciones grandes, positivas, bellas que tenemos que equilibrar lo bueno con lo malo, lo negativo con lo positivo, y tenemos que creer en lo mejor para nuestro presente y para nuestro futuro”.

Víctima de muy dolorosas situaciones como persona y como miembro de un grupo humano, receptiva a la bondad y a la belleza presentes en lo grande y en lo pequeño, el alma de Olga se templó con firmeza y en este recurrir de contradicciones, llega, con la serenidad de sus ochenta años, a una conclusión similar a la de Albert Camus: “a pesar de todo, en el hombre hay más cosas dignas de admiración que de desprecio”.

Media vida vivió Olga en el viejo mundo, y la otra mitad ha decurrido en el nuevo.

Pertinaz viajera, muchos y muy diferentes países han sido objeto de su curiosidad. Podemos encontrar dos hilos conductores que dan unidad a estas múltiples vidas: su capacidad para seleccionar piezas de cultura popular y su creatividad para expresar belleza en pinturas y tapices. No fue Olga de aquellas personas que tuvo que librar bravas batallas interiores APRA decidir acerca del destino que iba a dar a su vida; si podemos hablar de vocación, ella se manifestó de manera clara y fuerte en la infancia. En el primer decenio del siglo, cuando Olga miraba la iluminación con luz eléctrica en Budapest con asombro similar al que los habitantes de Macondo sentían cuando el gitano Melquíades les enteraba del invento del hielo, adquirió de unos campesinos una fuente tosca que marca el punto de partida de sus colecciones; esta pieza atrajo a otras y otras, invadiendo los anaqueles de su habitación ante la sorpresa de sus padres que mantenían un negocio de porcelanas y vidrios finos.

El menosprecio a los campesinos y a los gitanos no sentaron reales en el espíritu de Olga, al contrario ocupó un lugar preferente su aprecio por las expresiones estéticas de los sectores populares.

“Con mi dedicación logré mucho, porque no conocía compromiso, lo que quería hacer lo hice, aunque pareciera extravagante e imposible. A los cuatro años decía, voy a ser pintora”. Y claro que tuvo que hacer extravagancias para conseguir su propósito, como la de estudiar, bendita entre los hombres, en un gimnasio de Benedictinos con un tímido novicio como tutor.

El mundo del arte académico absorbe más de diez años de su vida, su contacto con lo popular disminuye y sus colecciones se estancan. Pinta y dibuja con intensidad, e interviene con entusiasmo en discusiones estéticas y políticas propias del fecundo y controvertido período de entreguerra, junto a grandes maestros de las artes plásticas y de la estética. Pudo Olga haber tomado un camino diferente en la vida, haberse convertido en una talentosa pintora con renombre en Europa, especialmente en Alemania y en su país, pero una serie de circunstancias personales, unidas a su amor por lo artesanal, rescatan a Olga Fisco para el arte popular. Marruecos, Brasil, Eritrea; otros mundo, otros hábitos, otras costumbres, otras maneras de comprender

y organizar la realidad, distintos sistemas de valores, y las frescas y espontáneas manifestaciones de la cultura popular propias de pueblos en los que el progreso deificado por la revolución industrial aún no ha dignificado ni envilecido las vidas humanas.

Sólo se comprende aquello que interesa, y sólo interesa aquello que se ama. No era fácil interesarse por las manifestaciones populares en medio de un ambiente cultural etnocéntrico en el que la ciencia y la tecnología con sus brillantes y aterradoras conquistas marcaban los valores fundamentales del mundo europeo, considerando aquellas manifestaciones humanas como ajenas al progreso como vergonzantes supervivencias de un pasado superado, y propias de pueblos inferiores que a causa de deficiencias raciales no habían ingresado a la ruta del desarrollo. La vocación por la cultura popular no es únicamente una posición estética, un punto de vista diferente –a veces exótico y esnobista frente al arte- sino una actitud vital con respecto al hombre y sus posibilidades creativas que implica respeto por todas las manifestaciones culturales concuerden o no con las tendencias y valores en los cuales hemos sido educados. El respeto al hombre en sus multifacéticas capacidades expresivas que se encuentran más allá del color de la piel y del grado de desarrollo tecnológico nos posibilita comprender el arte popular; y el amor a la humanidad capaz de expresar belleza en múltiples circunstancias y formas nos permite apreciarlo; Olga Fisch, corazón abierto a la humanidad en su riquísima complejidad, ama y se emociona con las obras de los hombres expuestas en las pinturas y esculturas de las más audaces escuelas de Europa, en los tejidos y tallas desordenadamente amontonados en el “suck” de Marruecos, en los dibujos trabajados en las favelas de Río de Janeiro, en los iconos venerados en las humildes chozas de las aldeas de Abisinia. A diferencia del turista adocenado al que tiene que gustarle la artesanía por que así lo dice el charlatán que dirige el tour. Olga goza intensamente con ellas, porque detrás están los hombres que se expresan y que merecen respeto y cariño. “Desde que pintaba y visitaba gente de cultura diferente a la mía, decidí nunca rechazar nada; la gente se ofende y yo siempre deseaba tener cierta comunidad y amistad

con ellos. Es natural que uno tenga un poco de resistencia al principio, pero luego se acostumbra, y hasta hoy si me ofrece un indio alguna cosa que no es limpia, que no está bien preparada, igual la como y la bebo sin rechazar jamás. No quiero ofender a la gente que me brinda amabilidad, que me brinda cariño”.

La feroz carnicería desatada en Europa por Hitler y Musolini obliga a Olga a buscar en América un lugar para vivir en paz y en libertad; felizmente para el Ecuador, disposiciones legales relacionadas con cuotas de inmigración le impiden echar raíces en los Estados Unidos y llega a nuestro país con un pasado cargado de experiencias bellas y atroces, a arrancar una vez más en la vida con el agrídulce recuerdo de sus colecciones de arte popular trágicamente desaparecidas, y con el firme y solemne juramento de no iniciar nuevas colecciones.

Ventajosamente puede el ser humano perjurar; si las quinceañeras que ante la decepción amorosa juran no volver a creer en las palabras románticas de los odiosos hombres cumplieran con su juramento, la humanidad correría peligro de extinguirse. No fue necesario un largo y persistente acoso para que Olga rompiera su solemne promesa. A los pocos días de llegada a Quito y sin hablar aún español “...con veinte sucres para comprar alimentos para la semana, iba por la calle y poco desorientada cuando un señor se acerca y me dice: señorita, le vendo un lindo tupo; yo no sabía qué era un tupo, no sabía nada sobre el arte popular ecuatoriano. Echando una mirada sobre la hermosa joya me aterró porque sabía que la iba a comprar”.

La etapa ecuatoriana de la vida de Olga, fluye en medio de una paz creativa. Ecuador, que en su pequeño espacio territorial encierra una increíble variedad de nichos ecológicos y diversidades culturales, es casi un paraíso para el amante del arte popular. Imposible de mantener un juramento en estas condiciones, tanto más si encopetadas de la aristocracia quiteña manifestaban su sorpresa cuando Olga adquiría y coleccionaba muebles antiguos hijos de las prodigiosas manos de los talladores de Quito, que ellas usaban para hacer leña. Su colección de piezas de piezas arqueológicas y de arte popular creció en número y calidad gracias a la capacidad

selectiva de sus ojos inmunes al engaño; es hoy posiblemente la más completa y selecta del Ecuador grácilmente distribuida en el “Galpón” y en todo sitio disponible de su residencia.

Sintió especial fascinación por los danzantes cubiertos pos casi alucinantes atuendos de la cabeza a los pies; incorporo a su colección muchos de esos vestuarios, una parte de los cuales recorre el mundo en la exposición itinerante denominada “A feast of Color, Corpus Cristi Dance Costumes of Ecuador” avalada por la alta autoridad del Smithsonian Institution de Washington.

Cuando el arte popular se torna carne y sangre de una persona, el simple hecho de coleccionar no satisface las aspiraciones vitales; la atracción estética engendra curiosamente y la curiosidad lleva a la investigación con Paulo Carvalho Neto, Oswaldo Viteri, Oswaldo Guayasamín y otros interviene en la fundación del Instituto Ecuatoriano de Folklore y participa en las primeras investigaciones sistemáticas sobre esta área, investigaciones de pioneros que constituirán el punto de partida para estudios cada vez más profundos y amplios sobre este inagotable tema, hasta hace pocos años virgen de las inquietudes culturales de los estudiosos.

La promoción, el incentivo para que el artista popular continúe creando con más fuerza y reforzando su sentimiento de autoestima, el consejo respetuoso y adecuado para mejorar la expresión sin desvirtuar el contenido cultural, forma parte del compromiso de Olga con la cultura popular. Las figuras de masa de pan de Calderón, los bordados de Zuleta, los cuadros de Tigua, la cerámica amazónica de Sarayacu, las tallas de balsa de Pastaza, han recibido su impulso sereno y firme y se han enriquecido con su experiencia y sentido estético.

Quien a los cuatro años afirmó categóricamente y definitivamente que iba a ser una pintora, y cumplió su palabra, no podía dejar atrás esta faceta de su vida. Se incorporó por un tiempo a la escuela de Bellas Artes en Quito, y luego proyectó los caminos de su creatividad a alfombras y tapices. Sus diseños parten de expresiones precolombinas retenidas en el tiempo en piezas arqueológicas y de expresiones actuales de indios y mestizos ajenos a las normas de las academias; una

larga lista de instituciones de resonancia mundial como la ONU, la Metropolitan Opera House, el Museo de Arte Moderno de New York entra otras, adornan sus espacios con estas obras en las que el alma popular ecuatoriana y el refinado sentido estético europeo han logrado una armónica y feliz coexistencia.

Hoy que el arte popular ha alcanzado en nuestra patria, y en América Latina, respetabilidad, hoy que las universidades han abierto sus puertas al estudio e investigación de las manifestaciones culturales de los pueblos hasta hace no mucho tiempo considerados como prototipos del mal gusto y la vulgaridad, hoy que las artesanías hacen presencia en casas y salones de personas catalogadas como cultas y de buen gusto disputando espacio y atención a los cristales de Babaria y las porcelanas de Limonges nos pueden parecer algo normal los cuarenta años de vida ecuatoriana de Olga Fisch. Cuando los cambios de actitudes se han producido en una sociedad, tendemos a olvidar con presteza los trabajos y esfuerzos de quienes solitarios e incomprensidos los impulsaron.

La presencia de Olga Fisch en el proceso de revalorización y rescate del Arte Popular Ecuatoriano es definitiva; tenaz y lúcida ha vivido con él y para él. Estas evocaciones que quitan el velo a una vida acicateada por grandes inquietudes, impulsada por una recia voluntad para superar las adversidades, sazónada por una inagotable curiosidad para palpar lo desconocido, y ordenada por ideas claras y juicios maduros acerca de la complicada actividad del ser humano, constituye una pequeña obra maestra en la que la diafanidad y espontaneidad superan a las normas de preceptiva literaria de un libro convencional.

Es a la vez un importante documento para quienes tienen interés por la cultura popular, sus irresistibles atractivos, la riqueza de su mundo. Entre el lector a estas páginas de las que difícilmente podrá salir antes de concluir las, y cuando ello ocurra sentirá su espíritu refrescado por una amable brisa.